

D. JESUS, EL ORGANISTA

David M^a Tellechea Santamarta

Era una mañana azul (al menos, en mi recuerdo). Y las voces surgían del sótano. De la casa pegada al cine On-bide. Donde vivía "la Pura" con su hijo, Guillermo. Yo, de pie junto a la escalera, empinada y oscura. Apoyado en mis muletas. Escuchaba, con suma atención, los sonidos, cánticos que otros niños, quizás mayores que yo, emitían allá abajo, tras la penumbra de los desgastados peldaños.

Nunca había sentido semejante sensación. ¿Y yo, sería capaz de hacerlo?. Por mimetismo comencé a cantar, también. Y el portal se llenó de música, inocente, infantil. Y quizás (no lo sé seguro) mis ojos se nublaron. Y aquella sensación de sentirme fuente. De aquel torrente cálido, que surgía de mi garganta. Se expandió, también, por lo más profundo de la escalera, tras las sombras del sótano.

Al cabo, una figura, con sotana, emergió del agujero. Y yo, callé, de súbito. Es posible que avergonzado. Y clavé la vista en el suelo. De viejas losas desvaídas.

D. Jesús (sabía que acaba de llegar a Rentería, me lo dijo la "tía Lorentxa") me miró. Y una sonrisa. Que yo adiviné en su silueta, reflejada en el portal. Hizo alzar mi rostro.

"¿Te gusta cantar?".

Yo no sabía que responder. Creo recordar que la vergüenza coloreó mis mejillas.

"¿Cómo te llamas?".

Un suspiro. Me agarré fuertemente a las manillas de mis muletas.

"David Mari".

Lentamente, una mano se alzó hasta mi cabeza. Y sacudió mi cabellera.

"¿Vienes abajo?".

Miré hacia las escaleras, casi en vertical. ¿Me atrevería a bajar por allí?. Bueno, cosas más difíciles había hecho. (Subirme al depósito, por ejemplo).

D. Jesús (sí, venía de organista) dio media vuelta. Y yo le seguí, renqueante, pero con decisión. Para sumirme en la penumbra. Que me llevaba hacia las voces, que se escuchaban, hablando y gritando, cada vez más fuertes y estridentes.

La sala, frontón provisional. Dos columnas en medio. Ventanas en un costado. Y los niños/adolescentes que me miraron con asombro. Aunque, casi todos me conocían.

D. Jesús (claro, en sustitución del difunto D. Juan Bautista Olaizola) dijo unas palabras. Hizo sonar una especie de pito. Y emitió varios sonidos. Movié sus brazos. Y de nuevo, la música llenó sus gargantas, expandiéndose por el sótano. Y yo, de pie sobre mis muletas. Creía sentir cómo me calentaba, por dentro (¿el espíritu?). Y desde entonces, comprendí que el canto, D. Jesús y yo, íbamos a ser amigos.

Era una mañana azul... (o posiblemente, ¿una tarde fría y gris?).

Han pasado los años, muchos años. Las mañanas azules se han sucedido. Y las tardes grises, más aún.

Aquellos niños que cantaban en el sótano, junto al On-bide, hoy son, algunos, abuelos. Unos pocos han fallecido (un recuerdo entrañable para ellos). La mayoría sigue viviendo en Rentería. Otros (como yo) tuvimos que marchar a tierras más o menos lejanas. Pero estoy seguro, que en todos ellos, allá donde estén/estemos, el recuerdo de aquella época de nuestra infancia, les/nos habrá emocionado.

Estoy convencido que el auge experimentado por la música en Rentería, en los últimos años, ha tenido bastante que ver con las enseñanzas y prácticas que recibíamos de D. Jesús (y antecesores, por supuesto). La base, la formación, el amor al canto coral, la dureza de los ensayos, las reprimendas (casi siempre justificadas). Las misas de los domingos, el gregoriano, el coro parroquial, las grandes solemnidades, los conciertos con la banda, el formidable sonido del órgano. Todo ello, formaba parte de nuestra vida, una porción de alimento cultural y espiritual.

Y, he aquí, que a pesar de situaciones difíciles, ora, momentos brillantes, otrora, la figura de D. Jesús ha permanecido siempre en nuestro recuerdo.

El devenir musical, hoy, ha tomado múltiples caminos. Conservatorios, escuelas de música, orquestas, coros, archivos, semanas musicales, conciertos. Son otros tiempos. Hay más medios, mayor sensibilidad hacia la cultura, más apoyos y mentalización de la gente, con la necesidad de un conocimiento y desarrollo de la práctica musical en los niños. Es lógico y loable que así sea.

Sin embargo, pienso que el germen que D. Jesús introdujo en nuestros espíritus, en aquella difícil época, carente de casi todo, principalmente en cultura, se ha transformado en fruto sazonado, abono fértil de lo que acontece (al menos, en parte) hoy en el panorama musical renteriano.

Por todo ello, me gustaría, de alguna manera, que este modesto trabajo mío y estas reflexiones, sirvieran de homenaje a la figura y quehacer de D. Jesús Querejeta, el organista, que hace mucho tiempo, en las profundidades de un sótano, húmedo y oscuro, se dedicó a hacer música con un grupo de niños.

Es de justicia que así sea. Sólo me resta desear que este recuerdo mío sirva, a ser posible, para que el resto de los que tuvimos la fortuna de compartir con él horas felices de canto y amistad, se unan a este recuerdo para, juntos, transmitir a D. Jesús nuestro agradecimiento y cariño.

No sé si hoy, momento en el que escribo, luce el sol en Rentería. Aquí, en Huesca, la mañana sí que es azul... Y la primavera, me trae, del otro lado de las montañas, efluvios de olas de mar. Rompiendo mansamente, sobre la dorada playa, de los recuerdos imborrables...



Foto: Jesús Querejeta



Foto: Jesús Querejeta